

que aquel otro, tan viejo y tan presente, se insinúa en el cuerpo de Daveron.

No tendrá necesidad de un coche. El puente sobre el río está próximo. Ya va sintiendo su lejano murmullo, ya ve las aguas frías que lamen las columnas de piedra con su dulzura siniestra.

Jadea ligeramente. Suda. Tiene frío. Una copa de ron le vendría bien. Pero antes es preciso acabar. El cuerpo, flácido y pesado, queda sobre la baranda. Sólo bastaría un leve empujón y el cuerpo trazaría su trayectoria breve.

Es verdad. Muy breve. La trayectoria entre la vida y la muerte. Los ojos se le agrandan, inmóviles sobre el río. El agua produciendo círculos redondos, primero grandes, como ruleta adormecedor, que pide descanso.

Maurice Daveron empuja el cuerpo. Un bulto cruza el espacio sobre la madrugada. Se hunde con fuerza en el agua produciendo círculos redondos, primero grandes, como ruleta gigante; luego cortos, como discos rojos.

Maurice mira fascinado. El río parece llamarle. Murmura su canción oscura, su suave lamento, su hipnótico son. Invita a la nada, al descanso, a no volver con los hombres, a no ver sus caras sucias de deseos, sus corazones cansados de peregrinos eternos.

El hombre sigue la llamada del agua. Flota un momento, luego se hunde lentamente. Un cuerpo. Una sombra. Las aguas se cierran.

Allí no queda nada...

UN MARIDO VIEJO

MATER Intemerata, Mater Immaculata, Mater Amabilis... La voz del sacerdote está ungida. Es impersonal. Sin sombras.

Anne Several, arrodillada frente al altar, la percibe, lejana y antigua. Monseñor Schwarz tiene ya sesenta años. Sin embargo, su voz es juvenil y persuasiva, como antaño, como aquella otra vez... Cuando...

Anne Several tenía veintinueve años, un padre gruñón y una fortuna saneada. Además, se había casado recientemente con un hombre viejo.

Félix Znollen tenía sesenta y dos años cuando casó con Anne Several. No se podía negar que era un marido amable. También era celoso. Pero poco perspicaz, con una magnífica confianza en sí mismo, en sus dotes de hombre de mundo.

Los negocios marchaban bien. El era banquero. Contaba

con excelentes colaboradores. Tenía a su lado un hombre joven, inteligencia despejada, que sorteaba con habilidad todos los obstáculos. Boris Karzoff.

Boris Karzoff. En 1917 había huído de Rusia. No había allí sitio para los aristócratas. Mejor dicho, había sitio, pero demasiado tranquilo, demasiado silencioso. Los cementerios de Moscú estaban llenos. Y Boris Karzoff era joven, amaba el ruido y amaba la vida. Tenía una boca sensual y unos ojos azules que, como una obsesión, persiguieron desde el primer momento a Anne Several.

Ella había sido siempre una mujer triste. Sus facciones eran correctas, algo apagada la expresión. Las manos finas y el cuerpo hermoso, demasiado hermoso. Pensó en su cuerpo y en el de Boris. Dos cuerpos jóvenes. Félix Znollen no tenía un cuerpo joven.

La mujer arrodillada en el reclinatorio evoca el tiempo que ha pasado. La lucha interna que sostuvo durante un año, ante los ojos ciegos del marido amable. Entonces vino a ver a monseñor Schwarz. Monseñor Schwarz la miró a los ojos y comprendió todo lo que dijo. También todo lo que no dijo. Había que alejar a aquel hombre. Todas las insinuaciones se estrellaron contra la firme tozudez de Znollen. Únicamente la verdad habría podido hacerle luchar contra aquel enemigo que él ignoraba.

Boris Karzoff reía y esperaba. Tenía la sonrisa suave del verdugo mirando a su víctima.

Anne Several cayó. Sólo una vez. Pero suficiente. Hay mujeres que tienen en su corazón un manantial agostado. Un manantial que se ha secado cuando vienen los años largos y no traen amor. Sólo traen la ternura de un hombre de sesenta y dos años. El corazón de la mujer sigue vacío.

El manantial siente la mano de un hombre joven, que trae sangre y sentido a la vida de una mujer que no ha conocido el sentido de la vida. Un hombre que trae un secreto en la mirada, que le ha costado vivirlo, y que lo transmite a una mujer joven. La mirada, a veces, se endurece, cuando tropieza con algún obstáculo y lo vence. Unos ojos que miran, calculadores y sombríos, a un hombre de sesenta y dos años, que tiene una mujer hermosa.

* * *

Félix Znollen había empezado en la Bankenstrasse, una célebre casa de banca de Munich. Tenía entonces el cabello negro,

los ojos penetrantes, la barbilla decidida. Realmente, no cuesta demasiado hacer dinero cuando se tiene ancha conciencia, un corazón arriesgado y una inteligencia firme.

Mil ochocientos setenta le sorprendió con una lenta sonrisa en los labios, un resplandor pensativo en la frente y una mirada calculadora en los ojos. Una de las formas de hacer bien dinero es la construcción de una nación. Entonces se hace lentamente. Otra forma es la opuesta, la destrucción de una nación. Entonces se hace dinero más aprisa. Claro que hay que arriesgarse mucho. Pero vale la pena. También hay que carecer de escrúpulos.

Félix Znollen empezó a operar rápidamente. Tenía algún dinero ahorrado, en espera de su oportunidad. Al principio lo puso en operaciones seguras, pero escasamente productivas. Todo su dinero. No era demasiado, pero sirvió para dar los primeros pasos. Luego se unió a Alexis, un judío polaco que tenía un golpe de vista seguro para los negocios. No quedó defraudado. El dinero estaba a veces completamente en el aire, pendiente de un envío de mercancías, de un telegrama de cuatro palabras.

Los años de guerra pasaron rápidamente. Félix Znollen se había llenado los bolsillos. Entonces empezó la consolidación de su fortuna. Contaba con buenas relaciones, tenía excelentes informes, todo magníficamente retribuido, claro está. El Ayuntamiento de Munich empezó a comprar solares para edificar, efectuó expropiaciones, pidió referencias sobre el valor de las casas a derribar. El Síndico Mayor de Munich, acompañado del arquitecto diseñador de los nuevos planos, emitió dictámenes. El terreno valía mucho dinero, las casas que serían demolidas habían duplicado su valor con los años de guerra transcurridos. El sesenta por ciento de las casas expropiadas y de los solares pertenecían a Znollen. El Síndico Mayor y el arquitecto municipal eran excelentes amigos que le debían buenos favores.

Un río de oro parecía correr por la capital. Habían pasado los cuatro años de guerra. La gente ya tenía dinero y estaba ansiosa de gastarlo. Félix Znollen hizo magníficas inversiones. Hizo construir en la Markenstrasse una casa de comercio, dándole un sentido moderno. Era una enorme armazón de hierro y cemento, con enormes columnas en su interior, tan bien proporcionadas y esbeltas, que al entrar daba la impresión de poder y riqueza que su dueño había querido «Es como yo—solía decir—: personal y poderosa.» Había costado seis dillones de marcos, y en su sala principal cabían cómodamente hasta tres

cientos empleados. Su construcción la había dirigido Stephan Gör, un joven recién salido de la Escuela Tecnológica de Bruck, del que se esperaban grandes cosas.

Los años pasaron, hambrientos de la juventud de Félix Znollen. Era ya el hombre de la fortuna, definitivamente consolidada. No había conocido realmente mujeres, sólo faldas, muchas faldas. Un gran negociante, pero un mal conocedor de mujeres. Tuvo cuatro o cinco amantes en su vida. Pero nada serio.

Las reuniones en su casa eran famosas. Reuniones en las que se ventilaban negocios hasta las doce de la noche. A ellas concurrían Marcus Strager, el banquero que durante veinte minutos tuvo en sus manos las finanzas del Tesoro y que le salvó concediéndole un empréstito de cien millones de marcos. También estaba Karl Vogen, el amo de las dos fábricas de acero más importantes de Munich. Buena representación tenía también el arte. No faltaba Mirko Katrely, el pintor de cámara del último Kaiser; Nikita Smolenky, que con sus danzas llenó durante ocho semanas el Wilhelm Theater.

Había altura, había dinero, había también casta. Y Félix Znollen sonreía con orgullo. Luego había muchos más, el barro sobre el que pasan los que le han sacado a la vida su máximo jugo, los triunfadores. Hombres mediocres, mujeres hermosas, el brillo necesario, el fondo preciso para siluetar nitidamente a los amos de la vida.

Después de las doce de la noche variaba la decoración. Los esposos, modelos ciertamente, acompañaban a sus mujeres a casa y luego volvían. A esa hora empezaban a llegar otra clase de invitados, mujeres que nunca saldrían en las crónicas de sociedad del *Franfurtstart*, hombres que antes aparecerían en las columnas de sucesos. Iba Irma Leclacy, una pelirroja encantadora, que acababa por bailar desnuda sobre la mesa donde estaban los restos del banquete, mientras los graves señores que la rodeaban palmoteaban con entusiasmo, lanzando homéricas carcajadas.

Félix Znollen se había divertido bien en la vida. Había ganado siempre. Tenía dinero, amigos e influencia. Un día conoció a Anne Several...

* * *

En aquel otoño de 1916 las cosas no marchaban bien para Boris Karzoff. Tampoco para nadie. Existía inquietud en los medios políticos. Nadie sabía a buen seguro el desenlace de

la tensión a que estaba sometida toda la Rusia. Por aquel entonces contaba Karzoff veintiséis años. Su padre era general y príncipe. Uno de los tantos príncipes que a través de los siglos ha vomitado el corazón de la estepa. Con un gran sentido del honor. Sin un rublo en el bolsillo. Habría dado su vida por el zar. No habría dado un kopec a un mendigo.

Boris era tan parecido a su padre como pueden serlo dos ojos claros e irónicos y una boca endurecida en su expresión a dos ojos cansados y fanáticos y a una sonrisa mordaz.

Ivan Karzoff creía en muy pocas cosas en la vida. Dios y el zar eran su credo. Boris Karzoff no creía en nada. Una mueca contraía sus labios cuando el viejo general hablaba del zar. «El zar imperial», decía.

1917. Es necesario derrocar un régimen. Hay que barrer a los antiguos generales, a los jóvenes aristócratas. Dejar paso al pueblo proletario. Las almas de los obreros, el azadón del labriego, se enseñorearon de los palabios imperiales.

Hay viejos generales que quieren luchar. Siempre han sido temibles ante el peligro, quizá un poco escépticos. Ahora no. Ahora son fanáticos, tajantes, peligrosos. No claudicarán. Tienen soldados, los tienen embrujados, todos lucharán por el zar. Por el zar imperial.

La batalla de Krakova marcó un hito entre las hostilidades del ejército blanco y el ejército rojo. Ivan Karzoff se había quedado allí. Boris lo encontró cara al cielo, con los ojos serenos y la boca amarga. Sus manos cerraron aquellos ojos, que habían pasado su tragedia suprema.

Salió de la Rusia. Smolenk, Minks, Wiasman vieron desfilar por sus estaciones un hombre de ojos fríos y de boca cerrada, cuadrada en su alvéolo. Frankfurt am Main. Vivió allí tres años. Esperando. Trabajando. Agrupando. Soñando. Había allí también muchos rusos, refugiados políticos, sin fe ya. Estaba también Alexis Dimitriev, un fugado de presidio. Kirila Anselva, una prostituta de Kiev.

Boris Karzoff salió para Munich. Allí conoció a Félix Znollen. Un hombre viejo que tiene una mujer joven... Hermosa...

* * *

Monseñor Schwarz ha terminado. Sale hacia la sacristía. Una mujer le sigue. Se despoja de los ornamentos sagrados y la hace pasar. El conoce ya a esta mujer. Una mujer adúltera, dirían algunos. Una mujer, sencillamente, dice él. Quizá no.

Hay mujeres de todas las calidades, para todos los temperamentos. Van desde el infierno hasta el altar. Mesalina y Santa Teresa se hicieron del mismo barro.

Anne Several empieza a hablar. Está cansada. Ama la juventud, la belleza, el amor de un hombre joven. Su voz sale desgarrada y patética, con inflexiones oscuras, que hacen estremecer al sacerdote, dejándole adivinar lo que puede hacer esta mujer en un momento desesperado, esta mujer que aborrece tener que vivir con un marido enfermo. Con un marido viejo que tiene esas manías crueles, esos repugnantes alifafes de la edad, que sólo se soportan a fuerza de amor. Esta mujer quiere huir; si no...

Monseñor Schwarz ve un gesto doloroso en la boca de la mujer. Es cruel la vida, después de todo. Obliga a una mujer joven aún, que ignoraba todo el amor, a vivir con un hombre viejo. Que se casó con él empujada por un padre avaro y gruñón. Una mujer que nunca supo lo que es ser joven, lo que es ser amada, hasta ahora, que es demasiado tarde...

El sacerdote habla. Tiene una voz que obra como un sedante sobre los que le escuchan. No habla del sacramento, ni de los deberes matrimoniales; sabe que no tienen poder sobre la sangre. Habla de esperanza. Habla también de castigo. Dios ha dado la esperanza a los humanos. Y—sus ojos tienen un brillo severo—no permite que un ser humano mate a otro. El teje constantemente nuevas vidas. Va cortando otras. La juventud puede esperar... Es la que tendrá al final la victoria.

Esperar... esperar. La mujer se yergue, desgarrada como una antigua profetisa. Ha pronunciado las palabras mordidas, monótonas y graves. Hay ante ella páramos secos. Tener cerca el agua de la fuente y seguir con la garganta ardiente. Sentir que el deseo llama sobre la carne en la noche sombría. Comprender que hay dolores estériles que no tienen esperanza. Querer mirarse en los ojos de un hijo y sentir que el vientre es una llama que no tiene manantial. Sentir que el corazón ha despertado, herido por un rayo de luz, que luego se ha cerrado.

Dolor, sólo dolor...

* * *

Félix Znollen apoya su cabeza intranquila sobre la almohada. En su corazón hay ligeros estremecimientos, como si fuera una máquina largamente usada, que nunca ha tenido descanso. Es verdad, no funciona bien; se lo ha dicho el doctor. Cualquiera día le dará un disgusto. Quizá un disgusto mortal.

Trata de no pensar en ello. Sus ojos, buscando un objeto en que posarse, se fijan en la sábana, primorosamente bordada. Bordada desde el día de su boda. El día de su boda. Es curioso que esta noche lo recuerde. La iglesia estaba iluminada con profusión. Anne estaba hermosa, con sus ojos tristes mirando al vacío. El estaba arrogante—se lo dijeron muchas veces—, muy joven. Ahora piensa que quizá hubo un poco de ironía en todo aquello que dijeron. El se conservaba bien. No era muy joven que digamos. Pero Anne tampoco era ninguna niña. Tenía ya veintinueve años. Limpios.

Desde entonces han vivido bien. Muy unidos. Claro que en los últimos años no ha ido la cosa muy bien. El ha notado en Anne cierto alejamiento. El se está volviendo viejo y ha tenido ya varias enfermedades. Y ahora sobre todo, ésta del corazón. El doctor le ha aconsejado que no se levante, pero él no piensa hacerle caso, siempre ha sido muy fuerte. Ahora siente sed. Tendrá que levantarse, no es cosa de ponerse a llamar sólo para eso. No han dispuesto cerca un jarro de agua. Tendrá que ir a la habitación de al lado...

* * *

Anne Several y Boris Karzoff tienen las manos unidas. Se ven en la noche. Pero sólo aquella lejana vez fué suya. Ahora hablan en voz baja. En la habitación contigua duerme Félix Znollen.

La voz de Karzoff es premiosa, ronca. Es preciso acabar. Llevan ya esperando demasiado tiempo. No hay lugar a tomar decisiones intermedias. Es preciso tomar decisiones supremas. Al fin y al cabo—la voz se torna persuasiva—, Félix Znollen no vivirá ya mucho tiempo. Está enfermo, demasiado enfermo del corazón. Cualquier emoción puede serle fatal. El corazón del marido viejo es ya como una copa quebrada, que sólo aguarda el menor soplo de aire para hacerse añicos.

La mirada de la mujer se ha vuelto sombría, dura. Hay un asentimiento en los ojos. Está dispuesta a todo. Hay en sus palabras lentas una emoción líquida, como si estuviera mojada en lágrimas... Pero las manos han quedado unidas en un deseo más fuerte que el del amor, en una cadena más pesada que el sentimiento que anima los dos corazones que caminan solitarios y estériles...

* * *

Félix Znollen avanza por la habitación. Se detiene. Escucha. Un fuego líquido parece correrle por las arterias cansadas. Sus pensamientos, como caballos desbocados, amenazan triturarse unos a otros. Por su mente desfilan escenas inexplicadas, suspiros ahogados, manos convulsas que se retuercen de impotencia... Como un rayo de clarividencia cae sobre su cerebro. Un vago asombro se extiende por su rostro. Hay dolor en los viejos ojos. La mano senecta contiene los latidos de su corazón. Un corazón demasiado viejo, demasiado cansado, por el que han pasado demasiadas emociones...

Un cuerpo, flácido, se precipita sobre la puerta entornada, abriéndola. Anne y Boris vuelven la cabeza.

Félix Znollen está desplomado, de bruces sobre la alfombra... Muerto...

EL ENGAÑO

EL horno donde se pudelaba el hierro era un quemante crisol donde se vaciaba la materia para ser ardientemente transformada. Era alto y elevaba su cúspide barroca sobre las restantes edificaciones del muelle. Construído en ladrillo rojo, sus sesenta metros de altura se erguían hasta el cielo, en un ronco afán de posesionarse de la altura.

Su vientre ígneo, cráter en constante ebullición donde se retorcián las fibras aceradas del metal, era constantemente servido por los cuerpos de los negros. Únicamente ellos soportaban perfectamente las altas temperaturas provocadas por la fusión del hierro. La gran boca del horno donde las serpientes del fuego basculaban siniestramente sus llamaradas rojas, atraía con enorme fuerza el alma de los negros. Sus manos, que soportaban diariamente el peso de las barras de hierro, las pudelaban diestramente valiéndose de las paletas protectoras y